

75
7-100
7364

a-1202
D-0654

LOS
JIRONDINOS CHILENOS



BIBLIOTECA DE AUTORES CHILENOS—VOLUMEN I.

B. Vicuña Mackenna

LOS
JIRONDINOS CHILENOS

— * —

Guillermo Miranda

EDITOR

SANTIAGO, AHUMADA 51

1902



La revolucion francesa de 1848 tuvo en Chile un eco poderoso.

La que la habia precedido en 1789, tan celebrada por la historia, habia sido para nosotros, pobres colonos del Pacífico, solo un lampo de luz en las tinieblas. Su jemela de medio siglo mas tarde tuvo al contrario todas las afinidades de la luz i su irradiacion. La habíamos visto venir, la estudiábamos, la comprendíamos, la admirábamos: nos asimilábamos a sus hombres por la enseñanza de ellos recibida, a sus acontecimientos por la prensa diaria, a sus aspiraciones por la república, que era la fraternidad a traves de los mares i de las razas.

Así sucedió que la nueva de aquel cambio súbito pero profundo, el destronamiento de un rei, la caída de un ministro empecinado i soberbio, la elevacion de los hombres que en cierta manera eran nuestros maestros por sus libros, la proclamacion de la república hecha en paz completa en medio del asombro de la Europa, i la sacudida rejeneradora que el desmorona-

miento de aquel trono fué produciendo sucesivamente en todas las viejas i podridas monarquías del viejo mundo, en Alemania, en Austria, en Prusia, en Roma misma, causó en nuestro país una alegría universal. Pio IX, cuya residencia en Chile le habia dado entre nosotros una especie de derecho de ciudadanía de amor, fulguraba la reforma, desde lo alto del Vaticano, i su resplandeciente manto de pontífice cubria en este suelo tímido todas las osadías de aquella gran mudanza. De esa suerte la revolucion europea era casi una revolucion chilena.

Por su parte, el país i la sociedad estaban preparados para aquel advenimiento. Habia entónces juventud, si bien es cierto no habia pueblo, como no lo hai todavía. Pero aquella lo suplía todo. Era una jeneracion ilustrada, laboriosa, susceptible de fe en las creencias i de aspiraciones altas en los hechos. Era la juventud que habia recojido la herencia de Bello i de Mora, de Gorbea i de Sazie.

El gobierno no cerraba por su parte las compuertas del pensamiento i de la accion, sino que dejaba ancho paso a los raudales de la innovacion. Entónces habia un Presidente i a su lado habia un Ministerio. Ese Presidente se llamaba Búlnes i habia sido el domador de Arauco, el pacificador de los Andes, el vencedor de Bolivia. Sus ministros se llamaban alternativamente Montt i Vial, Varas i Sanfuentes, Perez i Aldunate, Irarrázaval i Renjifo, Tocornal i García Reyes, todos hombres de la escuela de Bello o de la escuela de Mo-

ra, como intelijencias, de la escuela democrática de 1810 como principios. En ese tiempo, como hoi, el Instituto era un semillero, pero la Universidad no era todavía un cementerio, ni la literatura patria un cadáver. Nacía, al contrario, la historia nacional, i alboradas lucientes iluminaban su cuna.—Lastarria, Benavente, los Amunátegni, el presbítero Salas, Santa-María, Tocornal, Concha i Toro, Sanfuentes, compajinaban esas hojas dispersas de una gran edad. La prensa mostraba ya vigor lozano, promesa de su robusta vida de mas tarde. Espejo, Vallejos, Blanco-Cuartín, Talavera, los tres Matta, Rafael Vial, Felipe Herrera, Eusebio Lillo, Ambrosio Montt, Francisco Marín i su ilustre hermana, Pedro Gallo, Irisarri, Jacinto Chacon, Santiago Godoy, Santiago Lindsay, Victor i Pio Varas, Francisco, Carlos, Juan i Andres Bello, Ramon Sotomayor, Francisco i Mannel Bilbao, los tres Blest, Marcial Gonzalez, Marcial Martinez, Diego Barros, José Antonio Torres, Paulino del Barrio, Juan Vicuña, Cristóbal Valdés, Salustio Cobo, el malogrado Ruiz-Aldea, Santos Cavada, Ignacio Zenteno, don Pedro Godoy, que era ya un veterano de la espada i de la pluma, Isidoro Errázuriz que era solo un niño, (¡pero qué niño!) i en pos de éstos llegaban ya en hora temprana, pero lucidos los dos Arteaga Alemparte, Vicente Reyes, musa perezosa i espiritual, inimitable en el chiste, Balmaceda, Eduardo de la Barra, brillante en todo, Roman Vial i tantos otros que no vienen de golpe al recuerdo (porque escribimos sin otro libro que el de la

memoria) todos historiadores, diaristas, poetas, críticos, polemistas, los mas escritores sérios de cierta nota, cada cual en su esfera. En pos de ellos se agrupaba una juventud ávida de saber, abierta al bien, tumultuosa a veces, como en la *Academia de Leyes*, pero empapada siempre en el amor de la justicia i consagrada con teson a la labor.

La sociedad misma se sentia como de suyo arrastrada a las emociones de una vida de novedad en cambios i en encantos. Era la vez primera que el arte desplegaba sus alas de oro en nuestro cielo de zafir. Monvoisin habia clavado al muro de su taller sus primeras telas, Ciccarelli nos habia traído en seguida su rica paleta meridional. Teresa Rossi cantaba desde ántes como las sirenas de que habíamos oído hablar en la cuna, i la arrogante Clorinda Corradi (la Pantanelli) revelaba en los salones, poblados en esos años de bellezas que hoy reaparecen dando casta sombra a nuevas flores, los secretos del cielo i de sus ángeles. En todo se notaba un movimiento, una expansion, una vitalidad poderosa i brillante, como en esas alegres mañanas de la juventud i del estío en que se emprende, en medio del alborozo i el bullicio de la casa, un viaje de placer. ¿A dónde íbamos? Nadie lo preguntaba. Divisábase en el horizonte la luz del faro, i esto bastaba para que cada cual alistase animoso i confiado su barquilla para lanzarla a las olas. El entusiasmo soplabá en la brisa, sentíamos el ruido de sus alas en la ribera i el grito de todos era: —al mar! al mar!

I hoi la playa cubierta de los naufragios de un cuarto de siglo... Pero por hoi hagamos historia, i prosigamos.

Volvemos en consecuencia a 1848, i nos lanzamos a la ancha i espumosa mar de los recuerdos inter vivos...

La revolucion que habia dado en tierra con el trono del Luis Felipe el 24 de febrero de 1848 habia sido el resultado, mas que de la ciega obstinacion de M. Guizot, su ministro de nueve años, del jenio de un gran poeta, simple diputado. No hai un solo historiador o crítico moderno que no reconozca el hecho, ya consagrado casi como un dogma, de que la aparicion de *Los Jirondinos* de Lamartine, a principios de 1847, fué el arranque, el ariete, la predestinacion de los dias de febrero. «La Europa, dice Daniel Stern, sintió a su lectura ese estremecimiento peculiar que precede a los huracanes.»

Fué esa obra la rehabilitacion por la lira, la poesía i el amor de una edad, que como un espectro horrible flotaba hasta entónces en la conciencia humana entre la sangre i las llamas de una hecatombe incomprensible, la edad de 93. Lamartine hizo la luz en ese caos. Hizo mas. Con la majia incomparable de su estilo, único en el presente siglo i talvez en los que le precedieron, rodeó cada figura de una aureola resplandeciente. Aureola de amor, de jenio, de castigo, de gloria, de dolor, no importa. Lo que su jenio de escritor i de vate anhelaba, era que cada uno de aquellos hombres de 89 i de 93, i los Jirondinos con mayor suma de esplendor, desfilasen ante la historia, vestidos con sus túnicas de héroes i de

mártires, de semi-dioses i de verdugos, a fin de que su memoria i hasta su sombra quedase esculpida en las tablas de la posteridad. La guillotina misma se transformó en sus manos, i dejó de ser un aparato de horror para ser un instrumento de estudio, de justicia i de glorificacion. Por esto, vencido, triste e irritado en su vejez el ilustre Chateaubriand decia en las últimas horas de su vida de lejitimísta irreconciliable: —«M. de Lamartine ha dorado la guillotina.»

Por esto mismo aquella obra inmortal tuvo en Chile i especialmente en Santiago, una boga inmensa, cual no la ha tenido ni la tendrá probablemente libro alguno en lo venidero. Vendióse en seis onzas de oro (precio hoy de una biblioteca) el primer ejemplar, i en esa proporcion las ediciones subsiguientes que llegaban unas en pos de otras i en todos los idiomas. Lamartine confesaba en 1849 que sus derechos de autor de aquella obra, le habian producido en un año dos millones i medio de francos, i los chilenos habian contribuido con algunos adarmes a formar aquella montaña de oro cuya cima era un sublime pensamiento:—¡la República!

Pero los chilenos se apasionan tambien de todo lo que compran, sobre todo si lo compran caro, libro, hacienda de riego, santo de Quito, llave de palco, cupon de renta, caballo reproductor, lo que sea. I aparte de este imperio de la moda i del hábito, *Los Jirondinos* hicieron por su solo espíritu i desde su primera aparicion un efecto que no ha sobrepasado moda alguna en nuestra tierra. En otro sentido, eso era mas o ménos lo mismo

que acontecía en todas partes. Todo se llamó entónces «a lo Jirondino,» o «a lo Verguian,» o «a lo Barba-roux,» o «a lo Lamartine,» cada cual segun su personaje favorito. Alejandro Dumas i Augusto Maquet, compusieron en Paris el *Canto de los Jirondinos*, que en 1870 era la segunda Marsellesa de la Francia, otra vez republicana.

«Mourir pour la patrie!»...

Aparte de todo esto, entre nosotros la repercusion de aquel entusiasmo revolucionario vibró en los corazones con mayor intensidad, porque la circulacion del libro fué coetánea con las noticias de la revolucion que su espíritu i su elocuencia habian enjendrado. La luz llegó junto con el estampido, el soplo a la par con la creacion. *Los Jirondinos* pasaron en consecuencia a ser un libro de profecías como los Evangelios, i Lamartine irradió a nuestros ojos su gloria deslumbradora como si su figura hubiese sido la de un precursor. Lamartine desde 1848 a 1858 fué un semi-Dios como Moises. Pio IX se habia aparecido a algunos como Dios mismo, aun ántes de la Infalibilidad.

Hemos adelantado ya que la admósfera política, social i literaria de nuestro pueblo era por sí misma simpática al calor i al empuje que venia de fuera. La revolucion de febrero nos sorprendió en uno de esos períodos en que la crisálida se ajita dentro del espeso capullo en que vivimos como pueblo: era un período eleccionario.

El ministerio Vial habia dado empuje i vida al sentimiento liberal del pais. Siguiendo en otra direccion los

pasos de Portales, el jefe de ese gabinete abrió desde temprano las puertas del foro público a la juventud. I esa jeneracion nacida al calor del estudio i de las primeras armas del diarismo i de la polémica, estimulada por la reciente reorganizacion de los estudios, por el rejuvenecimiento de lá Universidad, vieja otra vez i cadauca hoi dia, por las controversias de principios i de aspiraciones de que habian sido sucesivamente adalides *El Siglo*, *El Crepúsculo* i *El Progreso*, publicaciones literarias, filosóficas i políticas completamente espontáneas, una de cuyas mas atrevidas innovaciones habia estado representada en el famoso jurado i triunfo público de Francisco Bilbao en 1844, esa jeneracion, decíamos, entusiasta, séria i a la par brillante, laboriosa i batalladora, que enseñaba i aprendia a la vez, se lanzó a la lucha electoral con jeneroso ardor i vió sus esfuerzos coronados por una fácil victoria.

No tenemos para qué analizar en esta ocasion la manera cómo se hicieron las elecciones de Congreso i Municipio en marzo i en abril de 1849. Seguramente representáronse aquellas en grotesco escenario mas o ménos como todas las comedias a que asiste este manso i paciente pueblo de Chile, sin darse cuenta de que es él el que paga a la puerta, él el que trabaja en el proscenio i él el que es silbado al caer el telon, sin tomar en cuenta que aquellos mismos que lo silban son los que se sientan sobre sus fueros i su honra. Pero no ha muchos dias recordábamos una gloriosa escepcion de aquellas elecciones. El pueblo de Valparaiso habia vencido por

la primera vez al coloso invencible que aquí se llama Autoridad.—¡Era David vencedor de Goliat!

*
* *

Mas, sea como fuese, es un hecho positivo que por la primera vez en la historia parlamentaria de Chile abriéronse el 1.º de junio de 1849 las puertas de la Cámara de Diputados, fendo antiguo de los sordo-mudos de todos los servilismos, a algunos espíritus independientes, a palabras libres, a conciencias juveniles i por tanto levantadas. Tocornal, el triunfador de Valparaiso, Lastarria, García Reyes, Juan Bello, don Ignacio Víctor Eyzaguirre, Federico Errázuriz, el presbítero Taforó, Marcial Gonzalez, Rafael Vial, se sentaron ese dia en medio de una barra todavía mas jóven i mas entusíasta que ellos i que les contemplaba con asombro i con desembozada simpatía. Otro tanto habia sucedido en la renovacion del Municipio, verdadera comuna política cuando a la vez era libre, como lo fué en 1810, conjuracion perpétua i docil contra el pueblo cuando esclava i sumisa cual siempre. Allí habian sido electos algunos de aquellos mismos jóvenes diputados, como Errázuriz i Gonzalez, i salido directamente de los comicios ciertos hombres resueltos como Pedro Ugarte, alma i jenio tribunicios.

Acontecia todo esto en los mismos dias en que se leia con mayor ardor las pájinas tempestuosas de *Los Jirondinos*, seguidas aquellas de los boletines de la revolucion de febrero, por lo mismo que se veia subir hácia lo

mas alto del firmamento los penachos de nubes opacas que la revolucion venia empujando con sus aquilones. Por esto se dejaba el libro para ver la accion, i por esto la imájen de los valerosos tribunos de allende el mar se encarnaba sin violencia en aquellos rostros amigos que simbolizaban ideas i esperanzas de tanta novedad. Nunca desde 1810 habia habido en Santiago un Ayuntamiento mas simpático a la ciudad, apesar de que la ciudad no habia hecho un solo edil. Los mas populares de los rejidores habian comprado sus varas de justicia como antaño, pero no habian pagado en oro sino en ideas.

La batalla por esto comenzó temprano en la Cámara de Diputados, i el 12 de junio, ántes que se cumplieran dos semanas de labor parlamentaria, el ministerio Vial-Sanfuentes, que habia dado vida i forma a aquella asamblea, era arrollado. El gabinete de transicion Perez-Tocornal-García Reyes le habia sucedido.

Si tratáramos en estas reminiscencias, que no son siquiera un bosquejo político ni un cuadro de la situacion, sino lo que su título simplemente dice —*Reminiscencias*, si tratáramos de trazar aquí afinidades de personas i de aspiraciones políticas determinadas, podríamos talvez decir con buen criterio que el verdadero elemento *jirondino* de la Cámara de 1849 era el que encarnaba el ministerio Perez, i nó el espíritu agitador i novelero que quedaba excluido del poder, no solo porque aquél era un elemento moderador, sino porque buscaba una solucion intermedia a la crisis en la candidatura a la presidencia de la república del general Aldu-

nate. Bajo este punto de vista, Lastarria i los seis u ocho animosos jóvenes que se sentaban a su lado se sentaban propiamente en la *Montaña*.

Pero tal estudio analítico no es nuestro propósito ni podría serlo en un escrito del jénero que emprendemos. Tratamos solo de ciertas contraposiciones del presente i del pasado, de ciertas reminiscencias útiles o curiosas, de ciertas evocaciones que pueden ser enseñanzas durables, o de esas simples impresiones de lícito deleite que comienzan i acaban con la lectura matinal de *El Ferrocarril* de cada dia. Es moda en estos presentes tiempos colocar en los jardines ciertos globos de cristal esmaltado que reproducen el paisaje vecino con admirable fidelidad, abarcando en la convexidad de un frágil vidrio una comarca entera con sus montañas, sus flores, su cielo, su ocaso, su oriente, su luz. Semejante a esa es nuestra empresa. Hemos suspendido a la sombra de los árboles de la paz i del silencio nuestra opaca memoria, i dejamos que los reflejos del pasado i de hoi, vengan a herirla en sus diversos prismas. Cada una de estas pobres pájinas es uno de esos reflejos i nada mas.

En consecuencia proseguimos.

El gabinete vencedor ciñóse desde el primer dia la armadura i acometió contra los bancos de la mayoría, de tal manera que ántes de una semana el publicista Lastarria, el mas brillante i popular orador de su época, probaba la fuerza de aquella mayoría que le fué empero fiel solo unas pocas horas (era mayoría fabricada en moldes de palacio, segun mas o ménos lo son todas.)

haciendo rechazar por 31 votos contra 11 una indicacion de aplazamiento de la reforma de la lei de imprenta propuesta por el ministro Tocornal, al paso que su mocion de abolicion lisa i llana de esa lei era aprobada por *treinta i siete* votos contra *cinco*. Debemos agregar que habia sido nombrado presidente de la Cámara, en representacion de esos mismos intereses de la mayoría, el diputado Lira (don Santos) por treinta i tres votos. ¡ ¡extraña coincidencia! Treinta i tres habia sido la mayoría de sufragios con que Guizot habia abierto en diciembre de 1847 la Cámara que lo derribó. Desde el Calvario ese número ha sido fatídico como el número trece lo ha sido desde Judas... Pero los Judas de 1849 fueron sin embargo mas de trece, i ya en 1850 *la minoría* estaba completamente liquidada, franca, libre, valerosa: el vientre se habia vuelto corazon. Es a esa minoría a la que están consagradas estas hojas sueltas de nuestra memoria i nuestro entusiasmo juvenil entónces, juvenil todavia.

En dos años de continúa batalla la Administracion se habia sobrepuesto al fin por completo a la Lejislatura. El gobierno, es decir, el peso, habia probado, como siempre, que su lei de gravedad supedita las leyes de ascension que forman la dinámica del espíritu, esto es, el patriotismo, la justicia, la verdad, la virtud, el deber i la responsabilidad popular. I esto de tal manera i tan aprisa que todas las soluciones de continuidad habian ido agrupándose hasta formar solo un fondo sombrío i

amenazante en el cuadro, el choque, es decir, la revolución se veía venir.

Por una consecuencia lójica de esta situación, el grupo parlamentario de 1849, vencedor de un día, réprobo de dos años, se mantenía en lid abierta contra aquella situación. Había proclamado una candidatura fría hasta ser glacial, pero respetable i prestigiosa:—la candidatura del vice-presidente del Senado, don Ramon Errázuriz, que a la sazón tenía 65 años. Caso admirable! El gobierno de los fuertes i de los ancianos proclamaba al presidente mas jóven que ha tenido la república i que había comenzado su carrera pública como inspector de un colejio. Los jóvenes del partido naciente del progreso habían proclamado a un anciano, a un antiguo i probado conservador! Francisco Matta, espíritu voluble, pero alma sana i honrada, fué el primero en echar en cara a los innovadores de 1848 aquella inconsecuencia. Matta olvidaba solo que en Chile las candidaturas populares no pueden ser jamás espontáneas, puesto que nunca se las recibe sino de guerra. Toda candidatura oficial, aun la mas prestigiosa, tiene que ser un reto porque en sí misma es una insolente usurpacion. En consecuencia, i miéntras dure i se exajere el sistema reinante, toda designacion de candidatos no puede ser sino un duelo a muerte, en daño i deshonor de la república.

No por esto la contienda era ménos violenta, preñada de pasiones, teñida de odios i atormentada de borrascas. La candidatura conservadora había sido aun en

su primera hora un reto sin cuartel. Desde las tempranas sesiones de 1849 el presentimiento traía esculpido en todos los pechos esta palabra maldita:—«Loncomilla!» Por qué? Lo hemos ya dicho. Porque el país estaba apasionado, i toda candidatura espontánea, nacida de su seno, tenia forzosamente que ser candidatura de batalla contra la candidatura de fuerza i de victoria del poder.

I aquí ha llegado el momento preciso en que entra en su accion propia nuestro argumento, cobijado hasta esta pájina con el nombre al parecer indescifrable de *Los jirondinos chilenos*.

Viva i estraña sorpresa causó a muchos saber hace pocos dias que habia existido un Robespierre en Chile, i el hecho es ahora familiar a todos. Pues de igual manera vamos a justificar nuestro epígrafe con un recuerdo completamente sencillo, cierto i casi casero, de cosas que han pasado solo ayer i que por lo tanto es posible recuerden todavía muchos hombres que aun no peinan canas. Las nuestras son ya testigos de muchos inviernos, pero intentaremos probar que no son canas de olvido.

Corria el mes de octubre de 1850.—Las Cámaras acababan de cerrarse despues de violentísimos debates, pálidamente conservados en los boletines i en la prensa de aquel tiempo. La agitacion de los ánimos era intensa i voraz como las llamas de su enojo. Se habia intentado apagar el ardor de aquellos debates de la tribuna i del diarismo imponiendo silencio a garrotazos

al club de la *Sociedad de la Igualdad* en la nefasta noche del 19 de agosto de 1850. Pero de aquella escena sangrienta el espíritu público se habia levantado verdaderamente gigante. El local del club se hizo insuficiente en pocas horas despues del atentado, i se llevó las sesiones a un teatro inconcluso pero espacioso en la calle de Duarte. (1)

Allí cabian cada jueves i domingo cuatro o seis mil personas, a quienes Francisco Bilbao electrizaba con discursos majestuosos.—Bilbao, simple escritor bíblico, a veces casi ininteligible como Lacunza, era un gran orador, era el primer orador popular de su tiempo, como Lastarria era la primera espada del parlamento. El club se habia hecho ejército, el ejército era una amenaza: i si Santiago, donde el pueblo tiene número pero no tiene ni ha tenido jamás alma, hubiese sentido caer en su foco, que era aquel club famoso, una sola chispa, al grito de sus tribunos, el gobierno de la Mo-

(1) La *Sociedad de la Igualdad* se reunia ántes del 19 de agosto en los salones i departamentos anexos de la Sociedad Filarmónica, hoi convertidos en almacenes i caballerizas en la casa del señor Rafael Larrain, calle de las Monjitas. Despues del suceso del 19 de agosto se inscribieron varios miles de socios, i entre éstos uno de los primeros, don Ramon Errázuris, candidato del partido liberal desde ese acto. Con este motivo el club fué trasladado a un teatro vasto, pero en andamios, que existia en la calle Duarte, donde se edificaron mas tarde las casas llamadas de Avendaño, i que si nuestra memoria no nos engaña, era propiedad en esa época del rejidor don Luis Ovalle, miembro importante del partido liberal.

neda habria desaparecido en una de esas plácidas tardes de octubre, el mes de las flores, al ir a volver una de aquellas procesiones que llenaban la Alameda ántes o despues de las sesiones. Pero todo eso era bulto i bulla i no habia peligro verdadero porque Bilbao iba como un iluminado adelante de esas procesiones con un árbol de la libertad... hecho de *mostaxillas*...—Digno emblema de sus secuaces como enseña de batalla!—Barrére habia dicho en la tribuna de la Convencion de 93, al dar su voto por la muerte de Luis XVI:—«El árbol de la libertad no se riega sino con sangre.»— Aquel árbol de la libertad chilena de 1850 habia sido regado solo con el agua sobrante del mate matutino de las monjas Claras, prolijas artífices de ese embeleco.

Se hablaba empero a todas hoñas i en todas partes del *estado de sitio* que debia venir como el forzoso desenlace de todo lo que en Chile se ha llamado opinion pública i sus mas lejitimas manifestaciones. Entónces, como ahora, i por mas que los lejisladores hagan rodeos i aparatos de engaño hábil i profundo, esa declaracion era obra esclusiva de la voluntad, o mas bien, de la omnipotencia presidencial. Pero el jeneral Búlnes, que era un gran estadista en crudo, resistia, i he aquí todo el misterio de la tardanza. Si el presidente Búlnes lo hubiera querido, las horas se habrian anticipado una época, i la batalla de Loncomilla habria tenido lugar un año o dos años ántes de su fecha, porque hai algo que no puede desviar ninguna omnipotencia i ese algo es la lei fatal de las cosas humanas. Los dictadores pue-

den, como los niños, jugar con los punteros del reloj, pero la hora ha de sonar, si es que no destrozan a balazos todo el mecanismo. I aun así, la hora fujitiva va a resonar en otra campana, i a su eco se convocan los que están esperando eternamente la señal.

Bajo el imperio de esta amenaza incesante, los diputados municipales, los escritores, los oradores i los simples igualitarios de 1849 tenian frecuentes reuniones, ya de dia en la imprenta de *El Progreso*, situada entónces en la casa histórica que llevaba en esos años el núm. 32, cuyo eriazó ocupa hoi el centro del portal Mac-Clure, ya de noche en la habitacion materna del ex-ministro Vial, casa que hoi ha sido reedificada i lleva el núm. 64 en la calle de Huérfanos, entre la de Morandé i Teatinos.

Asistian a estas reuniones casi todos los jefes del partido liberal, llamado entónces por apodo *igualitario*. Pedro Ugarte, que habia juzgado a los garroteros del 19 de agosto en su carácter de juez del crimen; Lastarria, el jefe parlamentario del partido; José Miguel Carrera, que debia ser uno de sus caudillos militares; los dos Bilbao, Francisco i Manuel, sus tribunos; Eusebio Lillo, su poeta; Santa-María, su inspirador; Federico Errázuriz su consejo; Francisco Marin, su honradez; Manuel Recabárren, su firmeza; Juan Bello, su brillo, i por último, entre otros de ménos nota, como el que estos recuerdos compajina, Santiago Arcos, que preten, dia ser la sombra de aquel club patriótico, empujándolo por fantasía, mas que por propósito o intencion vedada,

a la revuelta tenebrosa de la capa i el puñal, «a la española.»

Tenían lugar esas reuniones diarias en una de las piezas del patio que caía a la calle, a la derecha entrando, i solían durar desde las oraciones, hora del regreso del Tajamar, de la Alameda, o del Puente de Palo, paseo fresco, del estío, favorito a la sazón del público, hasta pasada media noche. Nadie presidía ni nadie imponía. Era un club democrático, a tal punto que pasaba como su único jefe reconocido un antiguo oficial de la independencia, pariente de la familia Vial, llamada *Pistolita* desde 1811, en honor de una hazaña de pistolotazo que ejecutara en la plaza de Santiago el día de la revolución de Figueroa. Llamábase, como su padre, Juan de Dios Vial i tenía un empleo de guarda de cordillera, ocupación adecuada para el ejercicio de custodia de un club político que era siempre un volcán próximo a estallar. Conservaba en consecuencia aquel buen anciano las llaves del club, i de noche cerraba sobre las espaldas del último saliente la pesada puerta de calle de la casa solariega.

Por lo demás, allí se comunicaban noticias, se discutían planes, se enviaban emisarios, se combinaban artículos para la prensa, discursos para los clubs, proclamas para el pueblo. Reinaba la universal convicción de un golpe de estado próximo, del cual nadie podía ni quería esquivarse. Verdad es que entónces se miraba un calabozo con la misma sangre fría con que hoy se contempla la poltrona de un juzgado de letras, i un

destierro a Magallanes parecia algo tan aceptable como un asiento en la tarima de las Cortes. La política disciplina a los hombres de buen temple como la guerra disciplina a los soldados. Al cabo de seis meses de campaña no hai ni reclutas, ni desertores, ni espías, ni merodeadores. Toda la canalla ha quedado a retaguardia, i en la primera fila se ven solo frentes serenas i pechos enhiestos.

Una de las conversaciones favoritas de aquellas sesiones cotidianas era, en virtud de la analogía i similitud de los tiempos, la que sujeria la lectura, cotidiana tambien, de *Los Jirondinos* de Lamartine, de los hechos de aquellos preclaros hombres, su elocuencia, su patriotismo, sus errores, su triste i sublime sacrificio, su gloria póstuma, irradiacion lejana del jenio i del patíbulo. I fué entónces cuando comenzaron a aparecer en la escena íntima de la revolucion en ciernes las figuras i los nombres de cada uno de aquellos jirondinos chilenos, cuya agrupacion por individualidades i por escuelas se ha conservado intacta en nuestros fastos secretos.

Cada uno de aquellos afiliados habia elegido por analogías, por asimilacion, por simpatía, por presentimiento o por simple fantasía su bautizo revolucionario o lo habia recibido de buen grado de sus compañeros. I como otras veces, no faltaba en ésta ni injenio ni carácter a aquellos vistosos disfraces de una situacion grave i semejante. Los chilenos somos esencialmente copistas, especialmente cuando la copia no cuesta dinero:

aquellas fées de bautismos revolucionarios se daban gratis cada noche, i aun con *yapa* de té i biscochuelos...

Así, Lastarria habia recibido con justicia i en propiedad el nombre del publicista i jefe de la Jironda, BRISSOT, cuyas ideas políticas habia formado la encarnacion de su partido, i cuyo talento de luchador le habia puesto a su cabeza.

Con no ménos acierto Francisco Bilbao era conocido solo con el nombre del mas ilustre de los oradores de la Jironda, VERGNIAUD, a quien Mirabeau, al morir lleno de juventud (42 años) en los primeros dias de la revolucion, habia parecido dejar intacta la arena para que ejercitase su palabra i su gloria.

Mannel Recabárren, íntimo amigo de Bilbao en esa época, habia tomado el nombre de aquel hermoso valiente mancebo marsellés, BARBAROUX, que habia combatido con un fusil en la reja de las Tullerías para destronar a un Rei, como Recabárren se batió mas tarde contra el cuartel de artillería, sereno i esforzado como su tipo.

Despues de Brissot i de Vergniaud figuran entre los mas notables de los Jirondinos propiamente tales, es decir, de los diputados de Burdeos i su departamento, los jóvenes hermanos Ducos i Boyer-Fonfréde (hermanos políticos) a quienes Monvoisin representa en su cuadro de *la última cena* cambiando el postrero i estrecho abrazo de la vida, del patriotismo i del hogar. Ambos eran dos valerosos jóvenes bordeleses, llenos de vivacidad, de alegría, de entusiasmo, i no habian vi-

vido sino 26 años el último i 28 el primero. Era mas o ménos la edad que tenían Juan Bello i Rafael Vial, condiscípulos ámbos desde el aula del Cristo, i especialmente desde la clase doméstica en que el padre de aquél reunía en su propia casa a los mas distinguidos de sus condiscípulos. Rafael Vial, era FONFRÉDE i Juan Bello DUCOS. Mas por su espontaneidad, por su fuego i por su brillo solían dar tambien al último el nombre del primer tribuno de la revolucion francesa, de CAMILO DESMOULINS; si bien este último no habia sido camarada de los Jirondinos sino, al contrario, su involuntario inmolador.

El nombre de LOUVET, el impetuoso orador i romanero popular de la Jironda, llevábalo con bizarría Domingo Santa María, i por último habíase dado el título del alcalde PETHION a Marcial Gonzalez, quien en su doble carácter de municipal i de diputado habia hecho un lucido papel, como hombre de principios i como hombre de honradez política desde 1849.

Pero no se crea que la nomenclatura de los jirondinos chilenos terminaba con la lista de los diputados, de los oradores i de los mártires del partido frances. Lamartine habia popularizado en su obra a todos los hombres conspícuos i a todos los grandes caracteres de la revolucion del 89, al punto de que el espíritu jeneroso de su libro ha sido calificado apropiadamente por un crítico moderno (Pascual Duprat) como «la reconciliacion póstuma entre Vergniaud i Robespierre.»—Así era que empapados en la equidad de igual principio, los

asistentes al club de la calle de Huérfanos tomaban sus nombres de guerra a su albedrío, ora de la Montaña, ora de la Llanura, ora de la Jironda i aun de otros grupos intermedios de la revolucion. En este sentido, por ejemplo, los Amunátegui, honrados pero cautelosos, habian dado un salto por encima de los bancos de la borrascosa Convencion de 1793, i habíanse acomodado de buen grado con los apellidos i la noble fraternidad de aquellos tres ilustres hermanos que habian sido la templanza i el cuerdo patriotismo de la Asamblea Constituyente, esos «tres hermanos Lameth», que aunque nacidos en diferentes años, (1756, 57 i 60) eran solo tres gemelos.—Miguel Luis, era TEODORO LAMETH, Gregorio Víctor era CÁRLOS LAMETH. El tercer LAMETH (Alejandro Mannel) esperaba todavía en la antesala la órden fraternal de formar el grupo.

«Los tres LAMETH de Francia», digámoslo de paso, habian tenido una existencia singularmente homogénea, pues habian militado juntos con Lafayette, en la guerra de emancipacion de los Estados Unidos. Los tres sabian con perfeccion i como hombres cultos, no solo su lengua nativa, sino el ingles, gracias a sus viajes i a sus campañas. Mas tarde, en los dias del Terror, para lo cual sus naturalezas no habian sido labradas, emigraron a Alemania, cuya lengua tambien aprendieron, lo que talvez no les atrajo ventajas de mayor entidad, pues si bien es cierto que Carlos V aseguraba «que un hombre era tantas veces hombre cuantas lenguas sabia», creian sin duda aquellos austeros repúblicos que con

dos lenguas basta i sobra, porque por muchas que hable un bachiller, no será nunca sino un solo bachiller, miéntras Cárlos V fué a la vez rei i emperador i todo lo que quiso...

Como a los dos Amunátegui, moderados, tranquilos, estudiosos, tímidos talvez, pero consecuentes i asíduos a toda tertulia de la tarde, habíanseles asignado nombres mas sociales que políticos, así los padrinos del club igualitario de la casa Vial-Formas, apartaron discretamente dignidades de la iglesia para los dos sacerdotes, que habian encontrado cabida en aquella asamblea liberal, cerrada hoi herméticamente a la tonsura i a la mitra en nombre de la libertad mirabolante de la época. En la Convencion de 93 hubo diezinueve sacerdotes, pero los agitadores de Santiago, todos sinceros católicos, con la escepcion de Francisco Bilbao i de Santiago Arcos, solo pronunciaban el nombre del vice-presidente Eyzaguirre asociado al del abate SIÉYES, el famoso vicario de Chartres, i el del diputado Taforó al del obispo GREGOIRE, convencional i filántropo. ¿Era aquella mitra un augurio?

Pedro Ugarte, que no solo no era libre pensador sino ascético devoto i creyente a firme, habia recibido el nombre de DANTON, i por cierto que, aparte el culto, no habia bautizo mejor encontrado para aquella naturaleza enérgica, impetnosa i llena de recursos. De igual manera dieron el apellido de SAINT-JUST a Manuel Bilbao, por su notable semejanza con el hermoso triunviro frances, cuyos ojos azules i larga cabellera lle-

vaba aquél con la espresion del alma, casi como un retrato. Eusebio Lillo, compañero de intimidad del menor de los Bilbao, como Manuel Recabárren lo era de Francisco, llevó con gloria el nombre de ROUGET DE LISLE, el inspirado autor de la *Marsellesa*, porque como éste fué soldado i fué poeta.

Padecemos hoi olvido, porque escribimos en el campo i sin apuntes ni consultas, sobre las designaciones mitológicas de algunos otros personajes de nuestra era revolucionaria, como Federico Errázuriz, Manuel Guerrero, José Miguel Carrera i el jeneral arjentino don Bartolomé Mitre, simple diarista entónces, mas tarde presidente de la Confederacion Arjentina i que solia venir de Valparaiso a participar de aquellos coloquios que creaban la comunidad de las almas, precursora de la comunidad de los calabozos, donde en breve debíamos reunirnos.

Pero si esos reflejos de la memoria adolescente han palidecido en la lámina de los años, recordamos con perfecta viveza quiénes de nuestros amigos fueron los elejidos para llenar en los salones revolucionarios los nombres entónces mas abominados de la era del Terror.

No se creeria hoi lo que vamos a contar. Pero no por eso es ménos cierto que el heredero de Maximiliano ROBESPIERRE, fué Francisco Marin, la mas pura i benévola de aquellas almas, si bien (de boca) solia pronunciar aterradores fallos sobre las cabezas, fortunas i hasta lo mas bello i querido del hogar de sus adversarios. Pero aquellos castigos duraban lo que dura la

espuma que la ola azulada al estallar levanta; la placidez de la virtud i de la razon dominaban en seguida por entero aquella naturaleza buena por escelencia, a la que solo faltó para su dicha i su complemento ese don dulce i terrible pero por lo mismo indispensable equilibrio de la vida de los seres humanos e inhumanos, i que Dios echó de ménos en Adán al verle vagar solitario i rabioso por las selvas del Eden.....

En cuanto a MARAT, las apariencias eran mucho mas justificadas en el nombre que le cupo en suerte o que el mismo beneficiado por humorada eligió. Santiago Arcos llevaba alegremente su apodo, i sostenia que era mui cuerdo quien se lo habia decretado, pues aunque nacido en el palacio de los obispos, en la calle de Huérfanos de Santiago, i pared de por medio con el club en que esto tenia lugar, nunca hablaba de la revolucion chilena sino como un jacobino parisiense o como un carbonario italiano. ¡Pobre Santiago Arcos! Se sentia poseido de la rara vanidad del mal, i en el fondo era bueno, compasivo, humano i hasta filántropo a su manera.—«Puñal! hijo, puñal! escribia desde California cuando llegó la hora de la dispersion, a uno de sus confidente de Santiago, i que la rejeneracion de Chile se escriba en el cuero de los pelucones»...(testual). I sin embargo, lo único cierto de ese lenguaje es lo pintoresco, porque lo feroz era postizo, i él mismo sabia que así habian de entendersele. Veinte años mas tarde (1871) volví a encontrarle en Nápoles, viejo ya, curado de aventuras, rico, conservador, achacoso i hasta pelucon

en todo, ménos en su manera de entender la muerte. Una cosa habia habido por esto de fatídico en su nombre de guerra, porque se estinguió en un baño del Sena como Marat, su tipo de un dia, o de un capricho.

Hubo un momento en que Santiago Arcos tuvo un rival en su terrible nombre. Fué cuando pálido, ensangrentado, con la cabeza cubierta de vendajes trajeron los igualitarios en hombros a su casa, calle de Huérfanos, a Rafael Vial, herido cobardemente por los seides del *chanchero* en la noche del 19 de agosto. Las heridas fueron leves, pero el aspecto naturalmente teatral de la víctima i la enormidad del atentado, hizo recordar en aquellos dias al rededor del lecho del enfermo el puñal de Carlota Corday... Por fortuna no fué así para «Rafael,» a quien entónces el picante Vallejos habia comenzado a dar aquel nuevo nombre por el «Rafael» de la Lamartine. Rafael Vial no se habria consolado jamas con morir a manos de Isidro Jara, *chanchero* i capitán de apaleadores. ¿Por el puñal de una mujer? Eso era otra cosa.....

Mas, si faltó a la cabecera del «diputado-mártir,» (así se le llamaba) i director de grupo de la Sociedad de la Igualdad, la presencia heroica de Carlota, ¿tuvieron los Jirondinos de Santiago, como los de Paris, una Juana Roland cual aquella que diera a los últimos albergue, pasión i heroismo hasta sucumbir con ellos? Quién sabe! En el cuadro de Monvoisin, de que en breve hemos de hablar, aparece una mujer cubierta con un velo i dando aliento con su actitud i su rostro a los

que van a morir con ella i talvez por ella... El velo es espeso, i sin embargo el ojo que conserva en la retina la imájen de las renombradas bellezas santiaguinas de aquellos dias, puede columbrar todavía que aquella mujer no es una copia de ultramar, sino el retrato de una noble i conocida matrona de la época. Sin divulgar los misterios del arte, ni hacer ofensa a la verdad de la historia, puede asegurarse que aquella es una Mme. Roland chilena.

Tales eran los perfiles mas marcados de los hombres que asistían a los clubs de Santiago en 1850 i 1851, i que prepararon por sí solos las terribles si bien inevitables jornadas que la historia recuerda ya tristemente con los nombres del «20 de abril» i «Loncomilla», el primero i el último acto del drama mas sangriento de nuestra era política. Aquellos caudillos, como los que habian tomado por modelo allende el tiempo i allende el mar, tenian sin duda muchas flaquezas, i cometieron, a ejemplo de los últimos, la falta ianensa de decapitarse a sí propios, porque así como el voto de muerte de Verguiau i de sus colegas en el proceso de Luis XVI fué un suicidio, porque fué un voto del egoismo contra la conciencia, así el abandono de la candidatura civil del patriota Errázuriz i la proclamacion del jeneral Cruz, adalid empecinado de la antigua causa conservadora, fué un suicidio político para ese partido de dos años: falta inevitable de la situacion, mas que crimen del criterio político, pero cuyos resultados no tardaron en hacerse visibles. Aun triunfantes con Cruz

a orillas del Manle, los jirondinos de Santiago habrían sucumbido después de las palmas i de los cánticos de la victoria en las calles de su propia capital, porque en la campaña de 1851, el jeneral Cruz solo manifestaba admiración, simpatía i respeto verdadero i acentuado por los dos hombres que mas de cerca inspiraban a su émulo i a su vencedor, —por García Reyes i por Tocornal, el primero, secretario jeneral i auditor de guerra el segundo del jeneral Búlnes. El ministerio del estreno del caudillo penquista habría sido talvez elegido entre los turbulentos parlamentarios de 1849, pero el segundo i eterno habría sido solicitado del campo de los vencidos. Tal es la indestructible corriente de la historia i de la lójica de la razon humana, cartilla eternamente abierta delante de los que gobiernan, pero que solo descifran los que la miran de abajo, porque los otros cierran los ojos para no leerla sino cuando han vuelto a bajar... «Pilatos de la reyecía», llamó el mismo Lamartine a sus héroes por aquel acto de cobardía política que abrió delante de sus pasos el camino del patíbulo. I el poeta tuvo en esta vez justicia como Tácito!

No pudo decirse sin embargo tamaña severidad de los copistas chilenos, ni aplicarles ménos aquello que el áspero Prudhon se atrevió a escribir como definicion sobre los modelos que los últimos elijieron, i que por la fiera enerjía de la frase no nos atrevemos a reproducir.

Mui léjos de ello. Llegada la hora del deber austero,

después de la hora de la charla festiva, cada cual supo cumplirlo, i lo que interesa mas vivamente en este parangon que no es todo del caso, es que entre esos hombres reinó la lealtad recíproca mientras fueron perseguidos. Su desbandamiento, sus celos i sus rivalidades comenzaron solo en la prosperidad i el poder, desvanecimiento inherente a la flaqueza humana, que hace esclamar a Michelet, juzgando a los Jirondinos de 93 i previendo la posibilidad de su triunfo en la jornada en que cayeron, *Et moi j'aurais aussi voté contre eux!*

Fué también un curioso punto de contacto que favoreció el reparto de viejos nombres revolucionarios entre los noveles aprendices de aquende el mar, el que el punto de partida de unos i otros era idéntico: el foro en primera línea, en seguida el club, por último la tribuna.

Lastarria, Errázuriz, Santa-María, Marcial Gonzales, Francisco Marin habian sido abogados como los jirondinos de Burdeos, i en seguida habian sido agitadores i convencionales como aquéllos.

Dignos de esas etimolojías que llegan sin esfuerzo a la pluma i no atajan su rapidez ni su espontaneidad, es también la cuenta de los días que vivieron los verdaderos Jirondinos en su rápida i por lo mismo gloriosa existencia. Sus historiadores i sus biógrafos han notado en efecto que de los veintinno de aquellos que subieron al patíbulo el 30 de octubre de 1793, la mitad no habia cumplido 26 años i solo uno habia vivido mas de 40. Vergniaud i Pethion tenian en la hora de su cai-

da solo 34 años, pues ambos habian nacido en 1759, el primero en Limoges, i el segundo en Chartres; Louvet contaba un año ménos; Brissot 29; i Barbaroux, como Saint-Just, habia apénas cumplido 26 años cuando se quitó la vida (1749).

No habia ido mas léjos que eso el correr de los años de nuestros jirondinos de ocasion.

Lastarria tenia en 1851 la edad exacta de Pethion i de Vergniaud (i como el último, se llamaba *Victorino*), Santa-María se acercaba ya a la edad de su pseudónimo revolucionario, (Louvet), i Francisco Bilbao i Manuel Recabárren podian parangonar sus dias i su notable belleza física con la de Barbaroux. Pedro Ugarte habia alcanzado en 1851 la edad exacta de Danton en el patíbulo (35 años) i ¡tenaz advertencia del destino i del presentimiento! siempre dijo desde entonces en la intimidad, que solo esperaba el completo de la mitad de un siglo para morir... Esto nos lo habia predicho en Lima en 1860. Nos lo repitió en esa ciudad, que era ya su residencia habitual, en 1865 i otra vez en 1866; i cuando la hora llegó vino a morir-se, (como lo habia anunciado tres veces en el destierro), en Santiago, la ciudad que mas habia amado i que mas profundamente detestaba en sus horas de melancolía o de ponzoña, a los 50 años cabales de su vida tormentosa i varonil. I decimos esto, porque en Pedro Ugarte habia dos hombres enteramente diversos, el hombre de la bñlis i el hombre de gran corazon. Como tal se apagó.

Cuando los amigos de Jorje Danton le aconsejaban abandonar la Francia i salvarse del patíbulo que le preparaba Robespierre, el tribuno se negaba tenazmente i exclamaba:—«Huir! Qué! se lleva acaso el polvo de la patria en la suela de los zapatos?» Por esto Pedro Ugarte, desterrado tres veces de Chile en el espacio de 15 años, volvió siempre a su seno, i así el polvo de sus huesos descansará confundido eternamente con el polvo de su cuna.

El mas viejo de aquella escuela era Francisco Marin, pues en 1851 frisaba en los 40 años, siendo todavía, como Palazuelos, un arrogante solteron. Habia vivido en consecuencia mas años que Robespierre hasta el patíbulo, cuando le dieron su nombre de pila que íntimamente lleva todavía entre los que le aman. I así resulta, para edificacion de los incrédulos, que en vez de un solo Robespierre hemos tenido en Chile dos, i el último está vivo.

Todo esto, no obstante, las ficciones de las épocas como sus realidades están llamadas a encontrar un desenlace, i éste llegaba sério i aun amenazante para los caudillos revolucionarios del partido liberal rejuvenecido en 1851.

I esa hora sonó precisamente en los dias que hemos elejido para introducir estos recuerdos, porque el 7 de noviembre de 1850 estalló en San Felipe un tumulto popular que trajo como resultado ineludible la declaracion de *estado de sitio* que tanto se habia presajado, i que produjo un descalabro político mas grave que esa

cólera i ese pánico de una hora. Fué aquel el haber decidido por completo el ánimo todavía vacilante del jeneral Búlnes hácia la candidatura Montt, que desde ese dia comenzó a llamarse la «candidatura del orden.»

Aquel motin de un pueblo jeneroso pero irreflexivo atrajo sobre los «jirondinos de Santiago» la primera dispersion, i en seguida, el *veinte de abril* consumó su ruina i abrió camino a su total desaparicion de la escena política. Tuvo esto de comun con la suerte de los Jirondinos franceses el que aquéllos, como éstos, despues de su primera proscripcion, en junio de 1793, se retiraron al fondo de las provincias para llevar a todas partes el fuego de su patriotismo i de su desesperacion. Aun nos parece estar escuchando la palabra ardiente, entusiasta i fascinadora de Juan Bello en la noche que precedió a la terrible batalla de abril, invitando a sus colegas del club jirondino de la calle de Huérfanos a buscar un asilo, que seria solo una fragua de forjar espadas, en las provincias de Aconcagua, de Valparaiso i de Colchagua, en el caso en que el gobierno, como se temia entónces por minutos, se adelantara al pueblo en un golpe de estado definitivo. Otros hablaban en esa noche del último parco festin de la última sesion política, de ir a Copiapó, otros a Concepcion i a las Fronteras que guarnecia el Carampangue i los Cazadores de a caballo. Habia en la atmósfera de ese tiempo algo de terrible. Un gran temblor (abril 2) era el precursor i el anuncio. El 20 *de abril* fué, en verdad, solo el sangriento encuentro de dos adversarios que se acecha-

ban noche i dia i que desde hacia seis meses dormian con sus pistolas bajo las almohadas. Por esto uno i otro se batieron a muerte i sin padrinos.

Cuadros, memorias i tragedias son éstas que pertenecen empero a otra página de estas reminiscencias de ayer, i que sin embargo es preciso ser ya viejo para contarlas como testigo. I por esto ponemos punto a este episodio con la dispersion de aquel bando, ficticio sin duda en los nombres, pero que tenia en los caracteres i en las situaciones muchos lazos de afinidad con el partido político que ha inmortalizado el jenio de un poeta. Al ménos todo lo que nosotros contamos de los nuestros no es de inventiva sino de verdad personal i responsable. I si bien es cierto que falta a nuestro cuadro el tinte sombrío del cadalso que conmueve i de la gloria que deslumbra, no por esto aquellos jenerosos imitadores de una noble tradicion revolucionaria dejaron de estar en su puesto i de llenarlo entero, segun la mision i empeño que a cada cual habia cabido.

Por ese camino, Lastarria, Marcial Gonzalez, Federico Errázuriz, Santiago Arcos i otros fueron desterrados al Perú en noviembre de 1850, para volver a inscribirse en las listas de proscripcion mucho mas numerosas i mas duras de 1851. Juan Bello se hizo empuñar por los jendarmes sobre la tumba del coronel Urriola, haciendo el apoteósis de los vencidos al dia siguiente de su sacrificio en las calles de Santiago, i como Mitre, prisionero jeneroso i casi voluntario i junto con él, fué deportado, no obstante los grandes respetos

que merecia al gobierno su ilustre padre i las lágrimas de su jóven esposa, tipo acabado de hermosura i de gracia femeninas. «Camilo Desmoulin» habia encontrado su «Lucila.»

Pedro Ugarte, alma de la escasa porcion civil del levantamiento puramente militar del 20 de abril, encerrado en un buque cargado de *guano* pestilente, fué enviado a los puertos de Irlanda, sin que este castigo demasiado prolongado para un hombre de su constitucion fisica i de su temple moral, alcanzara a doblgar su altiva entereza.—Francisco Bilbao, Manuel Recabárrén, Domingo Santa-María, Rafael Vial i muchos otros buscaron en los asilos escondidos de la capital los medios de continuar sin tregua la lucha comenzada: los Amunátegui perdieron noblemente sus destinos que eran su pan, i Eusebio Lillo, cantor i soldado a la vez, fué a sentar plaza en los heróicos batallones de ciudadanos armados que se batieron por una causa sin ventura en el campo de Reyes, ultra-Manle. ¡cosa estraña en la historia, pero natural en nuestra vida casera! Solo el que habia heredado el mas terrible nombre de la revolucion francesa, «Robespierre», quedó tranquilo en su casa, llorando las desdichas de la patria en elocuentes folletos, que eran por entónces solo las teas apagadas de la libertad. Santiagos Arcos emigró a California, despues a Mendoza, despues al Plata, despues al Paraguay, donde fué soldado, i por último, a París, donde volvió a ser banquero, como su padre, creador en Chile del ajio público i de los negocios no del Estado sino con

el Estado i contra el Estado. La moda ha durado mas de medio siglo (desde 1820); ¿pero no parece ya que ha de pasar en estos dias?

Entretanto, la corriente fascinadora que en el espíritu público de Chile produjo la obra revolucionaria mas acabada (no decimos la mas exacta) del presente siglo, no se detuvo en Chile, como en Francia ni en Europa entera, en el campo de la política: i así como en Paris de las páginas de *Los Jirondinos* nació el drama junto con las barricadas, la música junto con el canto inmortal (*Le chant du départ*), así en Santiago la pintura de la gran escuela revolucionaria se apoderó de uno de sus mas patéticos argumentos, i lo reprodujo. De aquí el conocido cuadro de Moïvoisin que por nuestro título nos hemos visto forzados, al contrario de lo que hicimos en el juicio sobre la *Caida de Robespierre*, a tratar como la parte secundaria de este estudio.

La tela, por otra parte, se prestaba solo a un análisis superficial i de segundo orden, porque el ilustre artista, fatigado ya por los años, sucumbió a su propia concepcion, simple reproduccion de una inspiracion escrita, a la cual por tanto faltaba el estudio, el localismo, la filosofía, los caracteres, el movimiento, el colorido propio, la vida en una palabra. Tiene la *Ultima cena* de los jirondinos cinco o seis figuras admirables i en todo dignas del autor del cuadro del 9 *Thermidor*, como la de Vergniaud, que contempla en su reloj su última hora, el abrazo fraternal de Ducos i de Fonfréde, la desaliñada pero espresiva i característica figura de Brissot con

su cabeza atada en la forma que lo hacen todavía en la *capilla* los hombres que trasnochaban para morir, i por último, la fiera i aristocrática cabeza de Gensonné, crispado de cólera i de orgullo, al escuchar su nombre en la lista de los elejidos del patíbulo que en ese momento lee el custodio de la prision.

Pero fuera de esto i del dibujo, que es jeneralmente correcto en el grupo de los Jirondinos, no así en el tropel de pueblo i de guardianes que asaltan la puerta, el cuadro pierde el gran encanto de las obras del arte, porque es un cuadro sin verdad.

Pintado en Chile en 1852-54 (1) el cuadro de *Los Jirondinos* no ostenta por consiguiente un solo retrato, es apénas el traslado de dos pájinas de Lamartine a una pájina mayor en lienzo. El cuadro es colosal i por lo mismo es inferior a la tela de Robespierre, en que todo se concentra, palpita i habla. Es este último, una escena, en tumulto, una borrasca de la vida de un pueblo de suyo borrascoso, copiada al natural sobre la

(1) No tenemos seguridad perfecta de esta fecha; pero sí sabemos que Monvoisin trabajó esta tela cuando habitaba en su hacienda de Marga-Marga, en la vecindad de Valparaiso, de donde venia a esta ciudad de cuando en cuando porque ahí tenia su taller. El cuadro fué comprado en 1856 por don Marcial Gonzalez a Monvoisin en cien onzas de oro, i vendido despues en el doble, junto con el *El Aristodemo* (otro gran estudio de aquel pintor) al actual propietario de ambos i del *Pescador*, don Emeterio Goyenechea. El *Robespierre*, el *Ali Bajá*, la *Eloisa* i la *Blanca de Beaulieu* pertenecen a su señora hermana, doña Isidora de Cousiño.

historia. Aquél es apénas una alegoría reproducida sobre otra alegoría, i de aquí el escaso efecto que causa en la retina i en el alma del espectador.

Porque aun hasta se duda de que la última cena de los Jirondinos haya sido una realidad de la muerte i no una fábula de la poesía levantada por el númen en los fastos de la epopeya escrita. El convencional Riousse, que se hallaba detenido en la misma prision con los Jirondinos i en comunicacion diaria con ellos, solo cuenta que los últimos pasaron aquella noche entregados a cánticos patrióticos que duraron hasta el amanecer. Pero nada refiere del festin, de los brúdis, del ponche ardido que refleja sobre los rostros de los asistentes sus llamaradas lívidas i azuladas. Ni menciona esto siquiera, i narra empero en sus *Memorias de un detenido* incidentes i detalles de mucho menor monta sobre los adioses i el suplicio de sus compañeros de cautividad en la *Conserjería*.

El propio Lamartine, que como poeta no es corto en licencias, no presenta por su parte en su libro sin notas

Por esa misma época pintó Monvoisin sus otros dos grupos históricos *La prision de Caupolican*, que tiene algunos detalles felices i otros completamente absurdos, i *La Deposicion de O'Higgins*. Aquel existe en Santiago i el último en Lima, donde en 1860 le vimos malamente arrollado en una bodega. Felizmente hicimos sacar una fotografía de esta notable tela, la que fué reproducida en un grabado que corre en el *Ostracismo de O'Higgins*. I esos son, a nuestro saber al ménos, todos los cuadros históricos que existen de Monvoisin en Chile. Su *Elisa Bravo* estaba en Paris en 1870.

i sin referencias («por no embarazar el testo...») otro testimonio para su creacion que el del abate Lambert, de quien empero no habla ningun escritor contemporáneo, i aun del relato de aquel testigo, el historiador-poeta solo afirma que una gran parte de sus detalles son *véridiques comme la conscience et fidèles comme la mémoire d'un dernier ami*, lo que en sustancia no abona una sola verdad, porque ¡cuántos millares de conciencias falsas existen entre los hombres por una *conciencia verídica*, i cuántas memorias del último amigo (incluso las de los albaceas) han sido *infielles*, especialmente despues que el *último amigo* ya no existe!

Pero aun siendo exacto el fondo de aquel drama fantástico de la media noche, el artista se ha tomado, sobre las infinitas libertades de detalle del poeta, todas las que su pincel necesitaba para agrupar su accion inverosímil. Así, la aparicion de Mme. Roland en el último festin de los Jirondinos, es un anacronismo perfecto porque esa mujer superior i pura, inspiradora i amiga de los Jirondinos pero nó su camarada, no estaba aquella noche (29 de octubre de 1793) en la *Conserjería* sino en la *Abbaye*, prision lejana. Mme. Roland fué trasportada a la *Conserjería* solo despues del suplicio de los Jirondinos, i subió al cadalso diez dias mas tarde (9 de noviembre de 1793).

Por otra parte, bien sabido es que la guillotina estaba entónces establecida en permanencia en la plaza de la Revolucion (hoi llamada de la *Concordia*, aunque la discordia de los franceses suba cada dia de punto);

i sin embargo, a fin de agrupar los actos del drama, el pintor hace aparecer los maderos i la cuchilla de aquella horrible máquina junto a la ventana de la izquierda, por donde comienza a entrar la primera claridad del alba: otro falseamiento de la historia, pues los ejecutores de los Jirondinos solo penetraron en su calabozo a las diez de la mañana, siendo guillotinado a la una en medio de una lluvia deshecha. I el lívido cadáver de Valazé, tendido en el suelo sobre una angarilla, mientras sus amigos i colegas liban las copas a la fraternidad del sepulcro i al alma inmortal, ¿es un detalle feliz i armónico o un contraste demasiado teatral?

Cierto es que Monvoisin no habia hecho sino recojer en la punta de un rico pincel los detalles personales que habia prodigado la imaginacion, mas rica aun, del gran vate moderno, i cierto es ademas que éste se acomodaba a todos los asuntos, situaciones, fisonomías i hasta a los mas recónditos pensamientos i emociones de sus héroes con un aplomo supremo. Lamartine habla en verdad del banquete de los Jirondinos como si él hubiera sido uno de los convidados: brinda, canta i llora con ellos. Copia una por una todas las palabras de los adioses sublimes i de los majestuosos consuelos de Vergniaud, dirigidos a sus compañeros; repite los espirituales arranques de Ducos, como si lo estuviera oyendo; escucha los diálogos silenciosos entre Brissot i Lasource i hasta parece haber apercibido con inocente indiscrecion cada uno de los pecados del clérigo Fauchet, confesándose en el calabozo con el abate Eme-

ry: ¡tan minucioso es lo que cuenta de todos i de cada uno!

Pero aun va todavía mas léjos, porque el poeta pasea su mirada escrutadora dentro de cada una de aquellas frentes impasibles, interviene en lo mas íntimo de aquellos corazones heróicos, i adivina i siente i cuenta lo que cada cual de ellos medita o padece. Así, el jirondino Carra, ya maduro i que habia escrito algunos libros sobre la Valaquia i la Moldavia, reconstruia, en su pensamiento i en su prision, al decir del historiador, la carta de Europa; el abate Fauchet se golpeaba el pecho en señal de profundo arrepentimiento; Brissot pensaba en Dios; Sillery en el duque de Orleans, i por último Lasource, no pudiendo hacer ya otra cosa «iluminaba (son las palabras testuales del libro) con los fuegos de su ardiente imaginacion los abismos de la anarquía». (1)

I ni aun en esto se detiene el romancista encantador, que refiere las crueldades de la historia con la gracia exquisita de la fábula, porque con sus propias manos ciñe a cada una de las víctimas del Terror la mortaja de su gloria, ayuda a los ejecutores en su última faena de preparar los cuellos para la fatal cuchilla, i a la poste instala a cada cual primorosamente en su atand. Igual o mayor ingenio habíamos visto nosotros desplegar en nuestra niñez a un fabricante de féretros mortuorios, que no era ni historiador ni poeta; porque tenia medi-

(1) «Lasource éclairait des feux de son ardente imagination les gouffres de l'anarchie». *Jirondinos*, páj. 711.

das en la pared fronteriza a su taller, por medio de rayas a la altura de la cabeza, todas las notabilidades de la ciudad, cuyo paso acechaba i marcaba con un lápiz, distinguiendo en las rayas los sexos. Por manera que cuando la pálida muerte venia a golpear los alcázares de los grandes, aquel infatigable enterrador en vida, nunca era tomado de improviso, i cada parroquiano, punto mas, punto ménos, era servido a su medida, como en la *Casa Francesa*.....

Así el jenio suele embellecer i poetizar los descubrimientos mas vulgares, i Lamartine midiendo la talla de cada uno de los Jirondinos para ajustar a su temperatura el pedestal de su fama, plajaba sin saberlo al previsor ebanista santiaguino.

No. La obra de Lamartine no es una historia. Es la leyenda, es el canto, es la epopeya, i de aquí su universal prestigio porque lo que es mas jeneral en el linaje humano es su profunda credulidad, i al propio tiempo, su sumision jenerosa a la grandeza de los seres sobresalientes. Por eso los antiguos inventaron los Titanes i los Dioses. «El libro de M. de Lamartine, ha dicho con justicia uno de sus críticos (Larousse, 1874) es la mas irregular de todas las historias, pero al mismo tiempo el mas interesante de todos los poemas».

Ponemos aquí punto a nuestra tarea, sino a nuestro propósito. Estamos, como los Jirondinos ántes de la caida de la Reyecia, en dias de plena incertidumbre i de terribles problemas.

Esperemos por tanto! I por lo que a nosotros toca,

simples obreros ahora como ántes, cojemos el manto humilde del antiguo peregrino, colgado durante cinco años al muro de fatigosos deberes. De nuevo, en el sosiego, volvemos a la vida corriente de los hombres de trabajo i en consecuencia firmamos con un nombre que en aquella exacta fecha no era del todo desdeñado de nuestros compatriotas.

SAN-VAL





